

# Una travesía por la Sierra de Aralar

POR ANGEL OLORON

El día pasado preparaba unas fotografías del Valle de Aráiz y observé que en la mayor parte de ellas, como es natural, estaban Las Malloas, más o menos próximas a los reducidos poblados y caseríos del citado valle.

Dichas fotos me hicieron recordar lo que recientemente me decía un amigo, ya veterano del monte, mientras evocábamos las andanzas nuestras de hace años por el macizo de Aralar. Y en cierto modo se lamentaba de que en la actualidad se realizan menos travesías que antes e igualmente que en general vamos poco y de forma aislada hacia ese núcleo de cimas conocido por Las Malloas, situado en la parte oriental del Aralar, sobre el pintoresco vallecito de Aráiz.

Las travesías por los macizos montañosos son aconsejables lo mismo para montañeros jóvenes que para los ya experimentados, debido a que a través de estos recorridos se adquieren conocimientos muy útiles, tanto de la zona que se visita como de la montaña en términos generales.

La Sierra de Aralar es sin duda alguna uno de esos macizos que por su enclavación, extensión, configuración, accesos y medios de comunicación para situarse en ellos, reúne unas características muy apropiadas para poder realizar en ella diversas travesías, siendo la mayoría de ellas muy interesantes. Podría plantear ahora varias, pero considero más indicado referirme de momento a una, tomando como punto de partida el aludido valle de Aráiz, incrustado en los repliegues de las coquetonas Malloas.

Recuerdo perfectamente entre otras correrías por dicha montaña la última vez que hicimos este recorrido: Aráiz, Malloas, Igaratza, Lizarrusti (puerto), después de surcar la Sierra a través de pastizales primero y bosques después. Fue en pleno invierno, pero con tiempo magnífico, impropio de dicha época. No hubo nieblas durante la jornada y la nieve escaseaba, incluso en las zonas altas.

El autobús nos llevó a Arriba-Atallo, en plena cuenca del Araxes, aproximadamente en la mitad del camino que une San Sebastián con Pamplona. Sobre el pintoresco valle de Aráiz se elevaban grandiosas y atractivas, blanqueadas parcialmente, las cumbres de la zona Este de la dilatada Sierra de Aralar, donde se halla la cota reina del macizo. Esta se denomina Irumugarrieta y también Torre de Intza. Su vértice, de 1.427 metros de altitud se encuentra en el confín navarro-quipuzcoano. Y es igualmente la máxima cúspide del núcleo montañoso que tanto los habitantes de Aráiz como los montañeros llamamos familiarmente Las Malloas.

Estas componen un prolongado cresterío con varias cimas de aspecto magnífico, separadas por estrechos pasos y elevados collados. En dicha sucesión de

## PYRENAICA

cúspides destacan, entre otras: el ciroso picacho de Tuture, el cual es una soberbia atalaya rocosa también hacia el vecino valle de Larraun, la maciza mole de Aldaón, en el centro de esta cadena, con 1.411 metros de altura, y finalmente, en el extremo opuesto y simulando desprenderse de la sierra, se alza bravío el pico Balerdi, de aspecto muy singular, aunque su altitud sea la más baja de estas crestas cimera.

Nuestro caminar comenzó en el propio Arriba-Atallo. Abandonamos la carretera general y seguimos la marcha por la carretera local que continúa hasta Gainza, pero antes de alcanzar su final la abandonamos, exactamente al situarnos en Uztegui, poblado reducido y muy pintoresco, situado próximo a Azcárate, formando con éste una antesala del coloso Balerdi. En realidad habíamos rebasado ya la fase de aproximación y a ésta, como es natural, seguiría el comienzo de la ascensión a la montaña. Todas las subidas a Las Malloas requieren previamente situarse en Errazquin, Inza o alguna de las tres localidades ya mencionadas. Actualmente todas ellas poseen carreteras locales que las unen con la ruta general, en su tramo Betelu-Atallo.

En Uztegui despachamos nuestro habitual almuerzo y a continuación emprendimos la ascensión, remontando por fuerte desnivel los contrafuertes preliminares de Balerdi, por cuyo costado Este habíamos de encaramarnos a la crestería de Las Malloas. Situados en el camino, ancho en sus comienzos, más estrecho después, pero bien trazado en todo momento, fuimos ganando altura paulatinamente, en dirección al elevado collado de Astunalde, hasta el cual trepa valientemente el único e inconfundible sendero existente.

Azcárate y Las Malloas.

(Foto A. Olorón)



Los desniveles que normalmente hay que salvar en las ascensiones que se inician en el Valle de Aráiz para alcanzar las cimas del Aralar oscilan en los mil metros aproximadamente. Nosotros, en esta travesía, los salvamos ya para situarnos en el referido paso de Astunalde, a 1.217 metros de elevación, enclavado entre el pico de Uakori (también llamado Ardigáin), la eminencia intermedia de Artubi y la cresta cimera del Balerdi, que se prolonga magnífica hasta su saliente vértice.

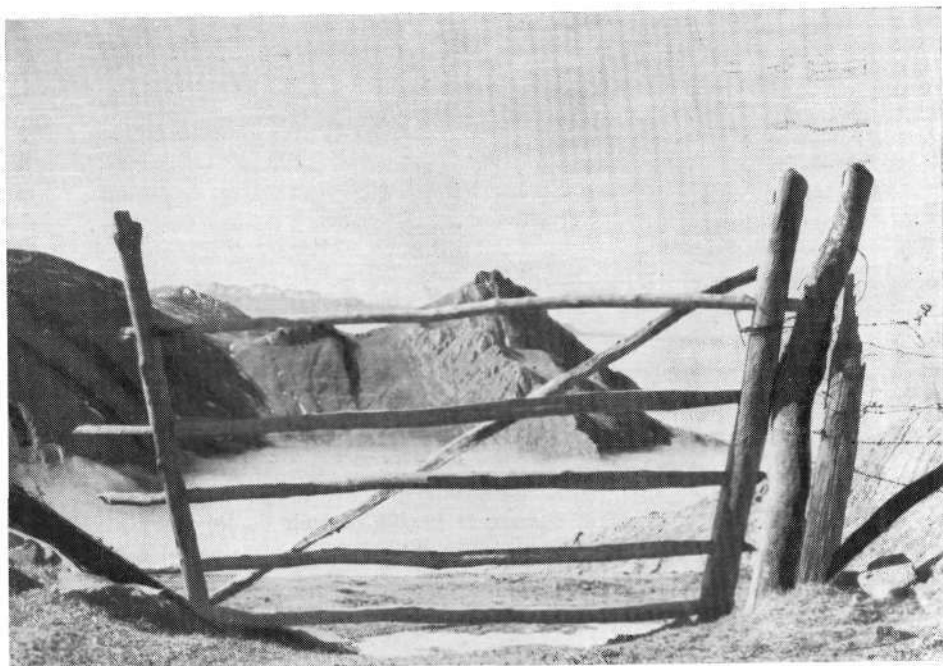
Ya habíamos salvado la fuerte pendiente de la ladera preliminar de este portillo de Astunalde, en el cual desemboca el sendero antes citado, cuajado de obligados «zig-zags». Este es un paso de los más elevados de la Sierra y magnífico en cuanto a enclavación, en plena barrera de Las Malloas, a las que habíamos admirado desde el autobús tres horas antes. El valle lo dominábamos en toda su extensión, muy hundido y repleto de su peculiar colorido, con sus diminutos poblados y caseríos desperdigados caprichosamente en la hondonada de Aráiz, rincón navarro que conserva arropado entre las colosales Malloas un sabor de tipismo quizá único. Montañeros, fotógrafos, excursionistas e incluso pintores pueden acudir a esta zona de Navarra, lindante con la provincia guipuzcoana, en la seguridad de que la excursión les dejará satisfechos.

En el magnífico observatorio de Astunalde descansamos un buen rato mientras pasábamos la acostumbrada revista de panorámicas montañosas, próximas y lejanas. Todas las cumbres de Aralar estaban magníficas y arrogantes, sobre un dilatado mar de blancas brumas bajas que se extendía hacia el Oeste hasta el Duranguesado y Gorbea. Próximos teníamos Gambo y Txindoki, entre otros, que rivalizaban en belleza. Hacia el Sur el horizonte se cerraba con las alturas de Moncayo, Codés, Demanda y Urbión. Andía y Urbasa se nos acercaban más, como Aitzkorri, Aloña y Amboto. Hacia el Este en primer término se alzaba próxima la cota reina de la Sierra y al fondo, en una lejanía que parecía reducirse, contemplábamos destacados los Pirineos, bien cargados de nieve y de grandiosidad.

Emprendimos la marcha de nuevo ascendiendo previamente a la cima cercana de Uakori y seguidamente, rumbo al Sur, fuimos caminando durante breve tiempo a media altura por la zona occidental de las cumbres de Las Malloas. Después perdimos altura y penetramos en la zona pastoril del Aralar guipuzcoano, cuajado de praderas, cabañas y apriscos para el ganado lanar, hasta llegar a las campos anteriores a Errenaga, donde se halla magníficamente situado un indicador. Rebasado éste alcanzamos el Refugio de Igaratza y la Ermita próxima a él. Junto a estas edificaciones paramos a reponer fuerzas.

A media tarde reanudamos la marcha, para realizar la última fase del itinerario. En realidad lo que nos restaba era ya más bien el descenso hacia el final del recorrido previsto. Primeramente ascendimos por el camino clásico hasta la muga de Guipúzcoa y Navarra, desde la cual se contemplaban en toda su extensión las Sierras de Andía y Urbasa, al Sur. Simulando una proa de navío invertido se destacaba inconfundible la escarpada cima de Beriain, en cuya máxima altura —1.495 metros— está la Ermita de San Donato.

Al llegar a dicha divisoria es necesario continuar en dirección Oeste, rebasando el poblado pastoril de Ormazarreta, caminando por laderas herbosas de suave desnivel, hasta penetrar en el característico bosque de hayedos que viste en su mayor parte la región navarra del Aralar. Esta zona, cuajada de arbolado fron-



El Larrunari-Txindoki desde el Collado de Astunalde.

(Foto A. Olorón)

doso se inicia a escasa distancia de la ya referida muga navarro-guipuzcoana, tanto hacia el Sur como hacia el Oeste.

Una vez adentrados en el hayedo de la región occidental, con rapidez nos hallaremos próximos al visible monte Putxerri, última eminencia de la Sierra de Aralar hacia su depresión SO. Dicha cumbre hay que rebasar por su ladera derecha, siguiendo el ancho camino que baja hacia Lizarrusti, entre hayas en todo momento, pero sin problemas de orientación.

Nuestro descenso se realizó felizmente, sin agobios, pues la tarde se prolongaba con suaves luces de poniente que daban al bosque una original tonalidad y aunque la temperatura bajaba bruscamente, nuestro caminar final fue pausado, digno remate de una jornada de monte completa.

Vencido el atardecer pisábamos la carretera del puerto de Lizarrusti, a las nueve horas de haber partido del valle de Aráiz, ya lejano, al otro lado de las altivas Malloas. El tiempo neto de caminar es de poco más de seis horas y el recorrido en general es magnífico, variado, muy completo y sin complicaciones. Se trata, pues, de una travesía que puede recomendarse. Nosotros, los que la hicimos aquella jornada de comienzos de febrero, la recordamos con satisfacción.